

Cualquier motivo para aprender

Mi nueva casa y el barrio.

A la edad de cinco años, nos trasladamos desde la Isleta, donde nació, hasta Ciudad Jardín y ocupábamos una gran vivienda situada al lado del Colegio de los Salesianos, de las que habitaban los militares. La nueva casa le había sido adjudicada a mi padre con motivo de un ascenso en la carrera castrense y tenía tantas posibilidades por su estructura que muy pronto se convirtió en una pequeña granja donde no faltaba especie animal, puesto que los hermanos los íbamos aportando como producto de nuestras correrías.

Aquel hogar lleno de comprensión, cariño y buenos consejos, en el que mis padres realizaban su labor como magníficos educadores, así como el barrio en el que junto a otros niños me divertía, dieron cobijo al niño más feliz del mundo.

El punto de referencia o si se quiere de encuentro y partida, era mi calle, que por cierto tenía nombre de un famoso personaje portugués, Gago Coutinho, de muy fácil rima, por lo que salvo fuerza mayor, a fin de evitar cualquier disparate, procuraba no pronunciarlo ante la chiquillería. A partir de allí, los dominios del barrio y nuestra gente, quedaron fijados desde las Alcaravaneras hasta Lugo y dentro de sus lindes el Parque Doramas, donde estaba ubicado el zoológico, la Piscina Julio Navarro y en la costa, la Playa de Manolito, que tomó el nombre del dueño de una tienda de aceite y vinagre, que traíamos a mal vivir, situada justo al lado del antiguo Hotel Metropol. A este buen señor, le pusimos de apodo " cuchillo mágico ", venido a cuento del uso variado que daba a tal herramienta y que en momentos de trabajo cumplía su verdadera misión y en otros de utensilio para la manicura.

Los amigos que allí nos reuníamos éramos casi todos hijos de militares, aunque nunca faltaba algún agregado que aparecía por casualidad para jamás abandonarnos en las travesuras. Estas ruindades, de las más insospechadas, terminaban en casa con alguna buena tunda y fuera de ella, cuando extrañamente el guardia nos podía coger

con su bicicleta, con tan sólo una más que fingida advertencia del guindilla al enterarse del alto grado de nuestros progenitores, lo que a conciencia explotábamos...

El trayecto hasta el colegio

Después de la experiencia de D^a. Susa, ya con edad de escolarizarme con regularidad, mis padres se plantearon la necesidad de iniciar mi educación.

Como decía con anterioridad, mi casa estaba al lado de los Salesianos pero no sé por qué razón, tanto a mi hermano Carlos Juan como a mí, nos matricularon en el Colegio Antúñez, con seguridad por la fama de buenos enseñantes en el arte de las primeras letras y de excelentes calígrafos. Mi hermano Joselín siempre fue más independiente y por aquello de ser el mayor y disfrutar de un carácter admirable y si se quiere de una personalidad aventurera, siempre se manejó con autonomía para incluso opinar en estos temas, por lo que si no recuerdo mal sus estudios los realizaba en el colegio Ramiro de Maeztu, allá por el Puerto.

Para acudir al colegio cada día, mi hermano, cuatro años más viejo, me llevaba de la mano, eran órdenes de mi madre, aunque ésto se dejara de cumplir una vez dobláramos nuestra calle. El camino era largo y tenía sus compensaciones. Lo realizábamos a través de todo Ciudad Jardín y no era peligroso, puesto que en aquellos años la circulación era casi nula.

Algunas vez, he vuelto a pasear por esas mismas calles y recibo las frescas sensaciones de los jardines recién regados, de las sombras de los árboles que protegen las aceras y del aroma de las flores que parecen perdurar en el tiempo.

En ese trayecto, sólo teníamos dos inconvenientes, la Iglesia de los Protestantes de la cual hablaremos más adelante y el antiguo y ya deteriorado Hotel Monopol, que por nada del mundo podíamos visitar, aunque las palomas que lo moraban eran las que históricamente completaron nuestros palomares, y donde además merodeaba un personaje muy singular al que llamábamos " el escorao ".

El " escorao ", como todos los apodos de nuestra tierra, tenía una razón de ser. Con más frecuencia de lo normal, estaba borracho y eso le hacía perder la verticalidad, o sea caminaba << escorado >>. Era un hombre de mediana edad, aunque a nosotros nos parecía viejísimo; cuando estaba menos tomado, caminaba como queriéndose ganar el mundo, con pasos acamellados y a pesar de que vestía con harapos e iba descalzo, no le faltaba al cuello el detalle de un pañuelo de colorines, del que decía le daba un aspecto de interés.

Al principio le teníamos pánico, pero pronto se ganó nuestra confianza y rara era la tarde que no nos dedicara a todos los niños sentados en la acera de la calle Leopardi, una de sus arengas, que siempre arrancaban igual: << Niños, de aquí para allá nadie se va con los dientes en blanco...>>, para continuar filosofando ante nuestras atónitas miradas: << Dios me trajo a la tierra para probarme, éste lugar es de trabajo y como quiera que yo no lo hago, todos los días y por ganarme, me da la oportunidad de seguir viviendo. Beber es respirar, el que no bebe tiene que trabajar, por eso quiero respirar y por lo tanto beber al aire libre y gozar de la tierra que me vio nacer, sin agobios, sin ataduras...>>, para acabar en todas las ocasiones diciendo: << Aunque como dijera José Antonio i no importa ... y así se lo cargaron...! >>, e iniciaba a continuación su marcha, seguido en procesión por el grupo de enanos que imitando su peculiar manera de andar, canturreábamos con la música de la cucaracha << El escorao, el escorao, ya no puede caminar, por que le falta, por que le falta, guanijai para tomar... >>.

Les decía que la Iglesia de los Protestantes, al final de la calle Brasil, era otro de los lugares que nos daba repeluzno. Los chiquillos del barrio decían que los creyentes de esta religión eran infieles arrojados de la Santa Madre Iglesia y que por tanto, el sólo mirarlos, podía malhumorarla y mandarnos algún castigo como las chinias o las paperas, que en aquellos tiempos eran enfermedades de cuidado ya que sus secuelas podían ser horribles para los hombres y su futuro familiar. Recuerdo que mi hermano y yo, al igual que el resto de la muchachada, al llegar a sus cercanías, sin mirar sus jardines y menos su templo, nos bajábamos de la acera y cruzábamos a la de enfrente, al cobijo de los muros de la Capilla de las Teresianas, que eran de la religión buena y por lo tanto nos aseguraba llegar sanos y salvos a nuestro destino.

El Colegio Antúnez.

El que con posterioridad tomara el nombre de Colegio de La Salle, en honor al fundador de la pedagogía lasaliana, estaba dirigido por Hermanos cristianos, que a decir de los críos eran curas sin serlo, por lo que no decían misa ni confesaban, lo que salvaguardaba el no tener que ir a contarles los desaguisados que anteriormente habías negado.

Los maestros de La Salle eran buenos conocedores del alma humana, fundamentaban su educación en la exaltación de las virtudes cristianas, en la preparación física y en programas de aprendizaje eminentemente prácticos, por lo que la religión, la lectura, la escritura, la gramática y redacción, la aritmética, el dibujo, el canto y la urbanidad no fallaban en los horarios.

Con respecto al canto, recuerdo que en el patio todos en formación, entonábamos canciones que nos sabíamos de memoria como "Prietas las filas " y ya en clase, antes de comenzar rezábamos de pie, para después aprendernos las materias algunas de ellas canturreando.

Nos sentaban en pupitres alargados o bipersonales, a mi particularmente me gustaban éstos últimos, porque eran cómodos, higiénicos y más independientes que los de seis asientos, donde tenías que soportar el olor a zapatillas de fieltro del resto o levantarte tantas veces como los otros querían ir al retrete, que a lo largo de la jornada eran unas cuantas ocasiones. ¡ Vaya una manía !. En este mobiliario no faltaba un hueco donde depositar el tintero y un cajón bajo el escritorio que podía contener además del catón y el material, el frasco con las lagartijas o sapos que el día anterior habíamos cogido en los estanques del barrio.

Los retretes, como los de todos los colegios de la época, estaban en el patio y eso suponía el que no estuvieran controlados por los profesores, que naturalmente en horas de clases tenían otras ocupaciones, lo que era aprovechado por los más galletones para complicarte la vida cuando estabas más apurado. En una ocasión, en

la jornada de tarde, me sentí indispuerto, lo que me obligó a pedir permiso al maestro para ir al baño. Allí estaban los dos de siempre, medían cuatro cuartas más que yo y tenían pantalones cortos y unas piernas muy peludas; me vieron entrar y esperaron a que me bajara los pantalones, cuando calcularon el tiempo justo, uno por debajo de la puerta batiente y otro subido en ella, se mofaron de mi situación, por lo que no quedó más remedio que dejarlo para otro momento, con el resultado de un pantalón manchado y un retorno hasta casa caminando con la espalda pegada a la pared.

Mi maestro, del que no logro recordar su nombre y quien se ocupó aquel único año de mi educación, me inició en las técnicas básicas e hizo un buen trabajo en general, incluyendo la urbanidad. Hacíamos mucha lectura, escritura y cálculo de problemas diarios e imitábamos situaciones en las que nos íbamos a encontrar todos los días, a pagar en la tienda y esperar la vuelta, a dar el asiento en la guagua, a bajarnos de la acera cuando pasaba una persona mayor, a tocar en la puerta y solicitar permiso para acceder a los recintos...; ahora, esos aprendizajes aún los recuerdo y utilizo, por lo que pasado el tiempo y olvidados otros aspectos propios de la situación del momento histórico, los agradezco.

Conclusiones.

En el proceso social, la familia y el entorno juegan un papel determinante. El niño, por lógica, responde de manera positiva a los estímulos de afecto y comprensión; si los ensayos de la vida están rodeados de circunstancias que pudieran considerarse no adecuadas, desde las premisas expuestas terminará superándolas con más garantías.

La experiencia escolar, no puede ser menos por lo que en los primeros años, es fundamental que arranque también en condiciones de afabilidad, que permita al alumno a encontrarse a gusto y que por tanto asimile y valore la educación de una manera placentera.

Ahora que me siento un profundo defensor de la familia como modelo educador de buenas costumbres y un admirador convencido del profesorado especialista de

estos primeros cursos, recomiendo humildemente a todos los implicados que hagan felices a sus pequeños y una vez cumplida esta misión, orienten y ayuden a fin de que éstos puedan andar por la vida con garantías.